



NAC-USA
DEVELOPMENT
INSTITUTE

¿Qué es la
oración?

La oración
individual

GUIÓN DE MITAD DE SEMANA

La oración
corporativa

2019

Julio

Sesión 1 – ¿Qué es la oración?

Bienvenidos a nuestra experiencia de mitad de semana de julio. Este mes, conversaremos sobre qué significa ser una iglesia que ora. Hoy, exploraremos qué es la oración y su propósito.

La oración es una piedra angular de nuestra relación con Dios. Debe ser un diálogo entre nosotros y Él. Para entender la oración, comencemos con la creación. Dios le dio a Adán y a Eva características que no se compartieron con ninguna otra criatura en la creación natural. Una de estas características es la capacidad de hablar, que hizo posible que Adán y Eva se comunicaran con Dios. Por lo tanto, Dios creó una manera en que Su relación con la humanidad pudiera desarrollarse y profundizarse. Después de la caída en el pecado, la comunicación cara a cara ya no fue posible, pero el deseo de Dios de tener una relación con la humanidad no cambió. La oración es un mecanismo maravilloso para nuestra comunicación con Dios y, por lo tanto, para edificar nuestra relación con Él.

En el Catecismo leemos: «En la oración, el creyente experimenta que Dios está presente, Dios oye y Dios responde» (CINA 13.1). ¡La oración debe ser una experiencia con Dios! Con demasiada frecuencia, las personas actúan como si la oración no fuera más que una oportunidad para decirle cosas a Dios: una vía de una sola dirección en la que le explican lo que está pasando en sus vidas y le piden cosas. Seguramente, Dios en Su omnipresencia y omnisciencia escucha cada oración. Pero para que la oración cumpla su propósito, debemos entender que debe funcionar en ambas direcciones. Dios desea dar a conocer Su presencia, hacer evidente que Él escucha y proporciona respuestas.

Si hemos de experimentar a Dios cuando oramos, puede ser muy útil considerar la conocida estructura de la oración, que tiene sus raíces en el Antiguo Testamento. El Salmo 95 enseña: «Venid, adoremos» (Salmos 95:6). El Salmo 106 instruye: «Alabad a Jehová, porque Él es bueno. Porque para siempre es Su misericordia» (Salmo 106:1). En Números 21, leemos cómo Moisés intercedió por el pueblo (Números 21:7). Y en el Salmo 51, David nos da un ejemplo de cómo y qué pedirle a Dios (Salmo 51:10-12).

- Comenzamos con la adoración. Cuando tomamos tiempo para conversar con Dios sobre quién es Él — omnipotente, omnisciente, siempre presente— nuestra perspectiva cambia. Aquel a quien dirigimos nuestras oraciones puede hacerlo todo. Él nos conoce y conoce cada detalle de nuestras vidas, pensamientos y sentimientos: Él siempre está a nuestro lado.
- Después, damos gracias. Le contamos a Dios lo que Él ya ha hecho por nosotros. Reconocemos que Su grandeza ha tenido un impacto en nuestras vidas, una y otra vez. A través del agradecimiento, reconocemos que nuestra relación con Dios es realmente personal.
- Antes de presentar nuestras propias peticiones a Dios, practicamos la intercesión para cumplir la enseñanza de Jesús de amar a los demás como Él nos ha amado (Juan 13:34). Es decir, ponemos las necesidades de los demás antes que las nuestras. Esto amplía nuestro horizonte y nos hace reconocer que no somos la única persona con necesidades.
- Finalmente, traemos nuestras peticiones personales ante el Señor. Habiendo dado los primeros tres pasos en el proceso, nuestra perspectiva debe haber cambiado en gran medida. Reconocemos que Dios puede ayudar y que Él nos ha ayudado.

Al recordar que la oración debe servir para edificar nuestra relación con Dios, es importante considerar nuestras expectativas cuando oramos. ¿Tratamos a nuestras oraciones como si fueran una máquina expendedora, esperando que Él responda dándonos exactamente lo que hemos pedido? ¿Y que Él debe proporcionarlo de inmediato? O peor, ¿simplemente actuamos como autómatas cuando oramos, por ejemplo, antes de una comida?

El Apóstol Mayor proporcionó una enseñanza maravillosa sobre la oración en un Servicio Divino donde usó los versículos de Juan 12:27-28: «“Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre”. Entonces vino una voz del cielo: “Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez”». Cuando leamos estos versículos, noten que Jesús está tomando el tiempo para

considerar cuidadosamente cuál debe ser el contenido de Su oración. Él expresa Sus sentimientos. Sabiendo que Su muerte es inminente, Él dice: «está turbada mi alma». Pero luego, toma tiempo para pensar y hacerse la pregunta: «¿qué le diré al Padre?». Él le da al Espíritu Santo la oportunidad de obrar en Él.

Dedica tiempo a reflexionar sobre cuál debería ser el contenido de tu oración. Podemos orar con la guía del Espíritu Santo como se menciona en Judas 20-21: «Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna».

Jesús escuchó al Espíritu, quien le recordó de Su propósito. Debido a que el Señor Jesús estaba buscando alinear Su voluntad y deseos con los del Padre, la *respuesta* a Su oración parece que no tiene nada que ver con Su inquietud original. Jesús experimentó al Padre en cuanto a que el Padre le reveló algo mucho más grande. El Espíritu también desea recordarnos que tenemos un propósito, mostrar a los demás que Jesús vive y que Él está entre nosotros. Esto nos lleva a entender que el plan de salvación es mucho más importante que nuestras circunstancias momentáneas. Nuestra oración cambia, al igual que la oración del Señor Jesús, y decimos: «¡Padre, glorifica tu nombre!».

Finalmente, consideremos las realidades de la vida. Hay ocasiones en las que realmente no tenemos el tiempo o la capacidad para presentar una oración formal a Dios, pero cualquier expresión sincera a Dios es una oración. En la cruz, el Señor Jesús clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27:46). Esta fue una oración efectiva porque Jesús había pasado Su vida orando. Él tenía una fuerte relación con Su Padre. Cuando constantemente dedicamos tiempo a edificar nuestra relación con nuestro Padre en la oración regular, podemos estar seguros de que Él escuchará y responderá cualquier expresión sincera.

Cuando integramos la adoración, el agradecimiento, la intercesión y la petición en nuestras oraciones, creamos un espacio para que el Espíritu Santo cambie nuestra perspectiva y revele el mensaje de Dios. De esta manera, la oración se convierte en una verdadera comunicación de dos vías con Dios, y profundiza nuestra relación con Él.

Sesión 2 – La oración individual

Hola y bienvenidos a nuestra segunda sesión de julio. Hoy, examinaremos en profundidad la oración individual. ¿Por qué es importante que dediquemos tiempo en soledad para orar? ¿Cómo debemos acercarnos a Dios en la oración y cuándo es apropiado orar? ¿En qué deben consistir nuestras oraciones personales?

Primero, veamos por qué debemos dedicar tiempo a solas para orar. Con el ajetreo de la vida que tan fácilmente consume nuestro tiempo y enfoque, esta es una pregunta importante. Cuanto más entendamos por qué debemos orar, más probable será que nos sintamos impulsados a dedicar tiempo significativo en comunicación con Dios.

Mateo 6:6 nos brinda una poderosa respuesta: «Cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público».

¿Por qué deberíamos pasar tiempo solos en la oración? Cristo deja en claro que la soledad y la oración van de la mano si queremos edificar nuestra relación con Dios. Cristo también mostró la importancia de la oración individual. En muchas ocasiones, Él se apartó a lugares silenciosos para poder pasar tiempo a solas con Su Padre. Aunque era Dios verdadero y Hombre verdadero, esta comunicación era de suma importancia para Él. Si esta disciplina espiritual era importante para Cristo, también debe ser importante para nosotros. Las oraciones de Cristo lo sostuvieron durante los desafíos de Su vida en la tierra y le permitieron cumplir Su llamado.

Pablo también enfatizó la necesidad de la oración en diversas ocasiones. En Romanos 12:12, él les dice a las personas que deberían ser «gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración». Y en Filipenses 4:6, él dice: «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias». La Biblia nos recuerda continuamente el valor de la oración.

Cuando oramos, mostramos nuestra devoción a Dios. Cuando elegimos pasar el valioso recurso del tiempo con Él, le mostramos cuánto lo amamos y cuánto significa Él para nosotros. Nuestra vida de oración testimonia nuestras prioridades.

Conversemos ahora sobre cómo y cuándo debemos orar. ¿Cómo debemos acercarnos a Dios en la oración? En Santiago 4:10 dice que hemos de: «[Humillarnos] delante del Señor». Cuando oramos a Dios debemos hacerlo con reverencia y humildad. Reconocemos el valor de nuestro Señor, quién es Él, todo lo que Él ha hecho, y las riquezas que tan libremente recibimos de Él. También reconocemos que nuestra capacidad de conectarnos con Dios es un regalo de Él. Esta reflexión nos brinda una lección de humildad.

Es valioso señalar que, como nuestro Catecismo afirma, la oración no está ligada a una forma externa ni física (CINA 13.1.5). Si bien, la intensidad y el fervor de nuestras oraciones puede incrementarse al cerrar nuestros ojos, juntar las manos y arrodillándonos, estos componentes no son necesarios para cada oración. A menudo, las palabras ni siquiera deben pronunciarse en voz alta: las oraciones silenciosas también encuentran su camino a Dios. La oración puede ser mucho menos complicada de lo que solemos hacerla.

¿Cuándo debemos orar? En uno de nuestros himnos en inglés, cantamos: «Al salir de tu habitación esta mañana, ¿pensaste en orar?» (Himno: *Did you think to pray?*). Ciertamente, podemos, y debemos, orar al comienzo y al final de cada día. Después de todo, cada día es un regalo de nuestro Padre celestial. También debemos sentirnos impulsados a orar cada vez que nos sentemos a comer, ya que la comida también es un regalo de Él. Nuestras oraciones, sin embargo, no deben limitarse a momentos específicos del día. David dijo una vez del Señor: «Su alabanza estará de continuo en mi boca». (Salmos 34:1). Cuán noble y valiosa es la meta de que la alabanza de Dios esté continuamente en nuestra boca, ya sea en la oración o en la conversación. Al inicio de la parábola de la viuda persistente, Cristo dice que: «[los hombres] debían orar siempre, sin desanimarse» (Lucas 18:1 NVI). La lección de esta parábola es que hemos de ser persistentes al acercarnos a Dios. Una y otra vez en la Biblia se nos recuerda que la oración debe ser algo que hagamos con regularidad e intensidad. Pablo exhorta a los tesalonicenses a que «oren sin cesar» (1 Tesalonicenses 5:17). Incluso podemos entender a la oración como una conversación continua con Dios durante todo el día.

Finalmente, ¿en qué deben consistir nuestras oraciones? Hay muchas respuestas a esta pregunta, pero nos enfocaremos en dos: la profesión y la confesión. ¿Qué hemos de profesar en nuestras oraciones? Profesamos que somos conscientes de la gloria de Dios y de la naturaleza divina. Profesamos nuestro amor por Él y nuestra confianza en el poder de Su amor. Profesamos nuestro agradecimiento por todo lo que Él ha hecho. Profesamos nuestra confianza en Él, sabiendo que Él obra para nuestro bien. Profesamos nuestra esperanza en el futuro que está preparando y nuestro deseo de ser parte de él. Profesamos nuestra creencia en Él, que Él es quien Él dice que es, y que Él hará lo que Él dice que hará. Nuestras oraciones deben estar llenas de profesión.

Las oraciones individuales también deben contener confesión. Cuando venimos al Señor en oración, el Espíritu Santo nos hace conscientes de nuestros pecados y faltas, y nos impulsa a la confesión. Dios se deleita en ver nuestra consciencia y confesión y que estas se conviertan en arrepentimiento. Nuestras oraciones deben atestiguar que deseamos apartarnos del pecado, y que decidimos no regresar a él. Esto abre el camino al perdón y a una relación más estrecha con Él.

Mostremos cada vez más que entendemos el valor de la oración individual y del tiempo en soledad dedicado a Dios, tal como lo hizo nuestro Salvador.

Por favor, acompáñenos en nuestra siguiente sesión, donde conversaremos sobre la importancia de la oración corporativa. Nos vemos la próxima semana.

Sesión 3 – La oración corporativa

Al concluir nuestro estudio del mes sobre la oración, tomemos unos minutos para enfocarnos en la oración corporativa. Individualmente, establecemos una vida de oración privada donde compartimos nuestra adoración,

agradecimiento, intercesiones y peticiones con nuestro Padre Celestial. Nuestras oraciones privadas son donde expresamos nuestras almas de una manera muy personal. Dios es Aquel que sabe todas las cosas, Aquel que creó todas las cosas, y siempre está por encima y en control de todas las cosas. Reconociendo esto, expresamos abiertamente lo que vive en las profundidades de nuestra alma a Aquel que más nos ama.

La oración personal o privada ciertamente no necesita adherirse a ninguna estructura particular y puede surgir de las necesidades momentáneas del individuo. Debe ser justo así: personal, espontánea, honesta y abierta. Estas oraciones deben venir del corazón y no requieren un enfoque en la forma o en la estructura.

La oración pública es distinta de la oración privada en forma y en contenido. Aunque ambas provienen del corazón, son diferentes. La oración pública, también conocida como oración corporativa, ocurre cuando oramos con otras personas en entornos como Servicios y grupos pequeños. Una persona pronuncia una oración mientras el resto del grupo escucha activamente. Cuando oramos en público, no estamos orando más en nuestro nombre, sino en nombre de todos los que están reunidos. La oración pública también proviene del corazón, pero debe ser relevante para todos los que están escuchando, y permitirles sentir la santidad y la presencia de Dios. Por eso es importante tomar en cuenta a todos los que están presentes, y orar de una manera que todos entiendan, inspirándolos a decir: «¡Amén!».

A medida que recorremos la Biblia, podemos ver cómo la oración corporativa desempeñó un papel en las vidas del Pueblo de Dios. Ya en Génesis 4, después de aprender sobre el nacimiento del hijo de Adán y Eva, Set, leemos lo siguiente: «Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová» (Génesis 4:6). Esto demuestra una característica fundamental de la oración: los seres humanos se dirigen a Dios y lo llaman con la firme convicción de que Él los escucha. Pasando por Génesis y el resto del Antiguo Testamento, podemos ver cómo la oración era parte de la vida de Abraham, Moisés, Josué, David y los profetas, así como de las personas a quienes servían. Al dirigirnos al Nuevo Testamento, encontramos en los Evangelios las oraciones que Jesús pronunció públicamente en presencia de Sus discípulos y, a menudo, de muchas más personas. Luego en el libro de Hechos, leemos cuán en serio los primeros cristianos tomaron la oración, y el papel que desempeñó en la difusión del mensaje de Jesucristo.

El propósito de las oraciones corporativas es el de unificar e instruir. Primero, sirven para unificar al grupo reunido al unirlos en su alabanza y en su deseo de que Dios escuche sus oraciones y les dé certeza de Su presencia. Piensa en las oraciones pronunciadas en un Servicio Divino. Estas oraciones deben unificarnos como un cuerpo de creyentes que se ha reunido para ser edificado por la palabra de Dios. Expresan nuestro agradecimiento por la gracia proporcionada a través de la obra de Jesucristo. Una oración pública pronunciada en medio de un grupo pequeño unifica al grupo de creyentes en su búsqueda por crecer juntos en la fe.

Participar en la oración corporativa nos da la oportunidad para aprender cómo orar y descubrir nuevas maneras de expresarnos en la oración. Cuando una persona ora, todos los presentes deben participar plenamente en la oración. Es posible que hayamos aprendido a orar al escuchar a alguien más. Vemos esto repetidamente en la Escritura. Ciertamente, los discípulos aprendieron a orar al escuchar las oraciones de Jesús. Los niños aprenden cómo orar de aquellos a quienes escuchan. Por eso es importante que los padres dediquen tiempo a orar con sus hijos.

Un aspecto único del Servicio Divino es la oración comunitaria del Padre Nuestro. Esta es diferente de las oraciones corporativas porque cada persona participa en la pronunciación de las palabras de la oración. Orar el Padre Nuestro nos une con Jesucristo, demuestra el discipulado a través de nuestra disposición a seguir Su ejemplo, y nos conduce a la confesión y al arrepentimiento. Los discípulos recibieron el Padre Nuestro como respuesta a su petición de que Jesús les enseñara a orar, y también podemos utilizarla como un modelo de cómo orar en privado. Incluso podemos usar las palabras del Padre Nuestro, u otras oraciones en la Biblia, cuando oramos.

A medida que concluimos nuestro tiempo juntos este mes, haz una pausa y piensa en todo lo que hemos escuchado y aprendido sobre la oración. La oración expresa nuestro amor y reverencia a Dios. La oración significa un encuentro con Dios. Qué hermoso es cuando el cuerpo de creyentes se reúne y une sus corazones en expresión humilde a su Padre celestial y, por lo tanto, experimenta la presencia de Dios.